

Marciano Curiel Merchán. *Cuentos extremeños*, introducción de María José Vega. Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1987, 536 pp.

La Junta de Extremadura está desarrollando una prodigiosa actividad editorial encaminada a recuperar y difundir el acervo cultural de esa región autonómica. Buena prueba de ello son las publicaciones de la Editora Regional de Extremadura, en las que destacan *Anaquel*, revista de creación y crítica, el periódico del mismo nombre dedicado a la información cultural, los *Cuadernos populares*, tan bellamente impresos, y la *Colección Rescate*, formada por obras de autores extremeños que estaban inéditas o eran de difícil acceso. A esta colección pertenece el volumen de *Cuentos extremeños* de Marciano Curiel Merchán, que va precedido por una excelente introducción (162 pp.) de María José Vega.

Marciano Curiel (Garganta la Olla, 1892-Trujillo, 1947) ejerció el magisterio en varios pueblos de Extremadura, profesión que complementó con sus intereses de folklorista y de redactor y corresponsal de prensa. Precisamente la residencia dilatada en aquellos pueblos le permitió ir recogiendo cuentos de boca de sus vecinos y publicar al cabo un volumen que vio luz en 1944.

En su labor le había precedido Sergio Hernández de Soto, autor de *Cuentos populares extremeños*, publicados en el último tercio del siglo pasado (Madrid, Biblioteca de Tradiciones Populares, 1886). Señala Vega que Hernández de Soto estaba dentro del movimiento comparatista de cuentos iniciado por los hermanos Grimm y que formaba parte del grupo folklorista sevillano encabezado por Machado Alvarez. En cambio, Curiel parece haber sido un autodidacta, que hubo de trabajar solo, sin acceso a libros especializados y sin contacto con otros investigadores en su campo.

En principio, tuvo la idea de recoger cuentos y seleccionarlos para hacer un tomo de lecturas escolares. El folklorista buscó los que tenían carácter oral o tradicional, mientras que el pedagogo escogió los que eran buenos en el sentido moral de la palabra. Llevado de su afán didáctico los escribió de nuevo para despojarlos de los «barbarismos, pleonasmos y redundancias» propios de la transmisión hecha por boca de gentes incultas. Así, este libro es «una colección de *cuentos buenos* contados con *buenas palabras*» (pág. 31); Curiel fue seguidor de Joaquín Costa y de las doctrinas pedagógicas del programa regeneracionista, y así esta «reescritura»

revela la intención del compilador de hacer de los *Cuentos* un instrumento pedagógico.

Al ordenarlos no tuvo otro criterio que la variedad, y para ello alternó los largos con los breves y los de unos asuntos con otros, con el fin de no cansar a sus lectores. Como ya vimos, su sentido moral le llevó a descartar los cuentos «malos», con lo que prescindió de aquellos con temas de tanta importancia como los eróticos, los de adulterio y los relacionados con gente de iglesia. Los recogidos llevan una moraleja que en muchos casos no tenían, u otra diferente a la suya propia. De nuevo la mano del pedagogo desvirtuó la intención primera del relato popular al fijar sin alternativas la interpretación del texto. Con todo, Curiel no fue el único en manipular los materiales recogidos. Es lástima que el entusiasmo de rescatar romances, canciones, cuentos y otras manifestaciones de la tradición oral haya ido emparejada frecuentemente con el deseo de «mejorarlos».

La lectura de nuestros costumbristas revela un deseo urgente de pintar los usos y tradiciones propios de un país y poderlos transmitir así a las generaciones venideras antes de que el progreso y las modas venidas de fuera acaben con ellas. Los folkloristas, que son descendientes modernos de aquéllos, heredaron este sentido de urgencia en lucha contra el tiempo que todo lo borra. También el autor de los *Cuentos extremeños* llevó a cabo su labor de recoger «esa riqueza del saber popular de un pueblo [para que no] se perdiera en el olvido» (p. 19).

Forman esta colección 144 cuentos recogidos en las provincias de Cáceres y Badajoz, todos conservan el nombre del lugar de origen y el del informante y, a pesar de la criba estilística a que fueron sometidos, algunos muestran rasgos dialectales, como el núm. 116, «Jesús, San Pedro y el militar», o el 142, «El cabreru tontu». Como escribe María José Vega, a Marciano Curiel hay que agradecer una «labor de registro y rescritura que ha convertido su colección de cuentos en una fuente documental importante para los estudios de la literatura oral» (p. 15).

El estudio concluye con una «Relación de cuentos con más de una versión» y una clasificación de éstos por temas, que resultan muy útiles. El texto va impreso sin erratas y de manera cuidadosa y sobria. Hay que agradecer a la Editora Regional de Extremadura la publicación de esta «Serie Rescate» que tanto promete.

The Ohio State University

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA